

## PRÓLOGO

---

**N**o de los agentes más activos de la duda y del descreimiento, es sin duda la ignorancia en materias de religión. Y no es que no se hable y se escriba mucho sobre cuestiones religiosas; pero preciso es confesar que no siempre se hace con la debida madurez y con la correspondiente competencia, y de ahí esas apologías ó exageradas ó deficientes que, en vez de alumbrar el cielo de la verdad, lo anublan, dando origen á equívocos y aun á funestas preocupaciones.

La ciencia religiosa no basta estudiarla en escritos de hombres que, aparte de su mejor buena fe y de su indudable talento, carecen del sentido teológico, que no se aprende sino en las fuentes de la más elevada y la más delicada de las ciencias. Para instruirse en materias de Religión, es menester acudir á los Maestros, á los teólogos de verdad.

Nadie negará este carácter al P. Montsabré. Continuator de la obra del P. Lacordaire en el púlpito de Nuestra Señora de París, perteneciente como él á la ínclita Orden de Padres Predicadores, prosigue como él la gloriosa tarea de evangelizar á su siglo; es, como el P. Lacordaire, conocedor profundo de la ciencia teológica, y sin atenerse al tecnicismo de escuela, propio sólo para los iniciados, usa á maravilla el lenguaje de su tiempo,

manifestándose perfecto conocedor de sus necesidades y hasta de sus exigencias. Es el P. Montsabré un apóstol de la sociedad contemporánea. Dios que le señaló este destino, le ha dotado de las especiales cualidades que se necesitan para llenar cumplidamente su misión: entusiasmo en favor de la causa católica, exquisita prudencia unida á un gran celo. Tiene como pocos el don de la palabra, pero de la palabra que dirigiéndose al espíritu, á la inteligencia, penetra en las intimidades del corazón, y sabe levantar á prodigiosa altura las cuestiones que toca. Sus discursos en la Cátedra de Nuestra Señora son verdaderas conferencias; desarrolla los asuntos hasta agotarlos; es apologista, á la par que orador de controversia; persuade tanto como conmueve; se ocupa de asuntos de alta teología poniéndolos al alcance de los más profanos, y á pesar de lo intrincado de estos asuntos, sus peroraciones están llenas siempre de palpitante interés.

No ha mucho, ante un auditorio compuesto de lo más selecto de París, sabios, políticos, hombres de negocios, miembros ilustres de la magistratura y de la cátedra, el P. Montsabré se ocupaba del Matrimonio Cristiano. Era una cuestión palpitante. El Matrimonio Cristiano salió de manos de Jesucristo siendo una institución grandiosa. La santidad, la unidad, la indisolubilidad elevaban al Matrimonio, ese manantial de la familia y de la sociedad civil, á una altura que el viejo paganismo no pudo sospechar siquiera. Pero vino la revolución anticatólica, y no contenta con querer poner su profana mano sobre esta institución divina, al tratar de secularizar el matrimonio, quiso despojarlo de su santidad: en vez del sacramento, el contrato; en lugar del sacerdote, el funcionario civil; quiso despojarlo de su indisolubilidad: parecióle demasiado para una época como la nuestra el que la sociedad doméstica tuviese esas garantías de orden, de paz, de bienestar de que la dotó el cristianismo y prefirió el sistema pagano del divorcio; y al fin, se acaba por atentar contra la unidad de la unión conyugal, llegándose á hacer apologías del amor libre, que el naturalismo moderno, á nombre de una libertad, que no es sino licencia y desenfreno, trabaja por traducir en leyes.

Y estos atentados contra el matrimonio católico no son ideas que bullen en la cabeza de un utopista, sistemas que se exponen en una cátedra ó en un libro, ó que se llevan á la tribuna parlamentaria por el solo afán de envolverlo todo en una atmósfera

de naturalismo: el mal está más arraigado, es más íntimo, corroe las entrañas de nuestra sociedad, se revela en las costumbres, se poetiza en las novelas, se trata de legitimarlo en los teatros.

El P. Montsabré, en vista de esa corriente, persuadido de que se trata de envenenar en sus fuentes la vida social, para que de la corrupción de la familia salga una sociedad abyecta, impotente para todo lo bueno; ante un auditorio como el que rodeaba su cátedra, en aquel París de donde parte el impulso de disolución así de la sociedad política como de la sociedad doméstica, creyó deber exponer la doctrina católica sobre la institución del matrimonio, frente á frente de los errores del naturalismo, manifestando lo funesto de éstos y lo fecundo de aquélla.

Tratándose de la institución del matrimonio, expuesta por tan magistral manera, precisaba que no todo quedase reducido á la impresión producida por la palabra elocuente y profunda del P. Montsabré, y se le hizo comprender muy acertadamente que, con la importante materia de sus conferencias, había de hacer un libro, que pudiera ser leído en todas partes, que consignara aquella doctrina tan sólida, y donde se podrían desarrollar más ciertos puntos, que en el púlpito el orador se había de limitar únicamente á indicarlos. El P. Montsabré emprendió con amor esta tarea, seguro de realizar con ello una obra de apostolado.

El libro se ha escrito, se traduce á todos los idiomas, y los que hablamos la hermosa lengua de Fr. Luis de León y de Cervantes, podemos saborearlo en la excelente traducción de don Pedro Armengol y Cornet, á quien felicitamos de todo corazón por haber hecho que la obra de Montsabré pueda ser leída y apreciada en España.

El libro del P. Montsabré es un tratado completo del matrimonio cristiano, es un monumento que el sabio dominico levanta á esta divina institución. En este libro, el P. Montsabré no es únicamente el apologista de la Religión; es además el moralista: no se reduce á teorías; desciende á aplicaciones prácticas.

Empieza por hablar de la vocación al estado del matrimonio, porque éste es una vocación; es decir, un llamamiento de Dios, como lo es el ministerio sacerdotal, como lo es la vida religiosa. Dios instituyó el matrimonio para la propagación de la especie humana: entra, pues, como parte principalísima en el plan divino, y cuando Dios llama á un hombre ó á una mujer al estado

del matrimonio, es preciso obedecerle; no hacerlo, contrariar los designios providenciales por miras de un orden inferior, inspiradas en un miserable egoísmo, constituye un crimen que Dios suele castigar ya en esta vida. Pero, ¿cómo distinguir lo que es un llamamiento de Dios, de lo que es una alucinación, un apasionamiento, un capricho? ¿De qué manera Dios llama al estado del matrimonio? Es esta una materia eminentemente práctica: los que pueden dar para ello verdaderas reglas son los que saben el modo como Dios habla al alma, como penetra en las intimidades del corazón para producir allí una inspiración conforme con las altas miras de su Providencia; es decir, los que pueden dar reglas en esta materia, son los que, como el P. Montsabré, se han elevado á ciertas regiones de la teología católica, tan alejadas de un espejismo iluminista como de un funesto naturalismo.

Ya en este terreno, partiendo de la base de la vocación, el P. Montsabré se ocupa de un asunto no menos práctico: la elección. Es en verdad un momento muy trascendental y muy decisivo aquel en que se escoge al esposo ó á la esposa: en aquel instante se juega el todo por el todo. ¡Y cuántos se empeñan en penetrar con los ojos vendados en este mundo de lo desconocido! Los hay que dejan hablar á la pasión, nada más que á la pasión; dejan que el brillar de una belleza pasajera lo diga todo y lo resuelva todo; en pos de aquella ilusión de una hora se empeñan en desconocer las realidades de la vida: los hay, al contrario, que lo fian todo al egoísta interés, al frío cálculo. ¿Qué parte debe tener aquí el corazón y qué puesto han de ocupar las cualidades del espíritu, la fortuna, la condición social, el atractivo exterior? Para alumbrar la conciencia en tan delicado asunto no podemos menos de recomendar que lean y mediten detenidamente el libro del P. Montsabré, en especial aquellos que se encuentran en el caso de hacer la elección. Ateniéndose al elevado criterio de la Iglesia, el sabio dominico defiende el derecho, la libertad del hombre y la mujer que ha de unirse en matrimonio; todo el derecho, el del alma, el de la conciencia católica, así como el del corazón. Nada de imposiciones ni en nombre de la posición social, ni siquiera de las cualidades materiales. En aquel momento decisivo es preciso imponer silencio á todo lo que pudiera ser mezquino interés; es menester que se oiga ante todo y sobre todo la voz de Dios, por los medios de que suele valerse la Divi-

na Sabiduría. En aquella hora solemne debe tenerse en cuenta lo que vale un alma, lo que vale un corazón: entregarlo á una cotización miserable es hacerlo descender al nivel de los objetos que se llevan al mercado. Aquí el P. Montsabré, como todo publicista católico, en armonía con las sublimes enseñanzas de la Iglesia, reivindica la dignidad, la grandeza del corazón y del alma cristiana.

Después de la vocación y de la elección, era lógico que tratase de los obstáculos llamados *impedimentos*. La Iglesia no se complace en crear dificultades á la unión conyugal; muy al contrario, deseosa de que á esta unión se le proporcionen todas las facilidades posibles, lamenta esos largos y enojosos expedientes que á veces impone la potestad civil, so pena de negarse ésta á reconocer la legitimidad del matrimonio. Los impedimentos no son una barrera levantada á la libertad del matrimonio: pero el matrimonio es una institución, debe estar reglamentado, entra por mucho en el orden de las generales armonías, y tratándose de seres libres como lo son el hombre y la mujer, es preciso que haya su legislación. Aquí brilla por modo muy esplendente la alta sabiduría de la Iglesia. Lo que ella prohíbe es aquello mismo que se opone al bien social, á los fines del matrimonio, lo que es contrario á las mismas exigencias de la naturaleza; lo que no puede querer es que la vida doméstica y social se corrompa en sus mismas fuentes; impide ciertos enlaces, de los que han de resultar seres raquíticos, degenerados; ampara derechos muy augustos; y su legislación está perfectamente de acuerdo con la moral y hasta con la higiene misma.

Al contraer el enlace, al realizarse este acto tan trascendental, se suelen seguir dos caminos: uno sembrado de espinas; pero de esas espinas que llegan al alma, que destrozan el corazón; se puede principiar una carrera que no conduzca sino á un abismo; ó al contrario, se pueden encontrar las dulces satisfacciones del hogar, una inteligencia que recoja las ideas de otra inteligencia, un corazón que se caliente con los sentimientos de otro corazón, el *adjutorium simile sibi* de que habla la Biblia; dos seres que se fortalezcan en sus mutuas debilidades, que sepan que á veces amar es sufrir y que en aras del amor sepan subir á las cumbres del sacrificio.

Después de la celebración del matrimonio vienen las obligacio-

nes del nuevo Estado, las graves cargas anexas á él; las torturas que puede traer consigo el choque de inclinaciones ó de caracteres, las sospechas más ó menos motivadas, los celos, el cansancio y con él el hastío, la flor de la juventud marchitada por la acción del tiempo, quizá la llama del amor convirtiéndose en odio. ¿Cómo precaverse de tantos riesgos? La Iglesia nos dice con su lenguaje inspirado: «El Sacramento perfecciona el amor.» A la debilidad humana se une la gracia divina; el Sacramento es el Dios fuerte ofreciendo su apoyo al sér humano en sus debilidades, en sus vacilaciones. ¡Cuán caro se paga el despreciar el concurso divino! Háblese todo lo que se quiera del poder del amor: el amor es fuerte cuando es algo más que un entusiasmo del corazón, cuando arraiga en la conciencia, cuando el deber tiene de su parte una consagración divina. La acción de la gracia divina por medio del sacramento es algo comparable á la del rayo de sol en la flor. Es una influencia que se ejerce en el misterio, de un modo silencioso.

El P. Montsabré, desde las cumbres de la Teología, habla del orden sobrenatural á un siglo todo saturado de naturalismo, y lo hace de modo que logra hacerse comprender de los hombres de su tiempo que se han familiarizado con un lenguaje muy diferente, porque viven en otras regiones.

Hoy se sabe muy bien lo que es el amor degradado, envilecido, que se reduce á meras sensaciones: ¿no es menester que hombres de la talla del P. Montsabré le enseñen á nuestra época lo que es el amor cristiano, el amor robustecido, fecundizado por la acción de la gracia que descende del cielo?

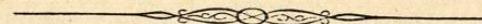
Tal es, en breve resumen, el libro del P. Montsabré, cuya publicación no podemos menos de aplaudir con toda nuestra alma y que recomendamos muy eficazmente á cuantos deseen tener un concepto adecuado del Matrimonio, tal como lo instituyó Jesucristo. El libro del P. Montsabré está destinado á desvanecer muchas preocupaciones, á iluminar muchas conciencias, á hacer comprender lo que es la dignidad de los esposos, á hacer admirar el brillo de la corona de la paternidad, que Dios ciñe en la frente de aquellos á quienes ha destinado, para que, asociándose á la obra divina, realicen el honroso destino de proporcionar nuevos ciudadanos á la patria, nuevos creyentes á la Iglesia, misión sublime que, para los que quieran llenarla como corresponde, la

obra del P. Montsabré guarda excelentes consejos, en los cuales, á la par que el celo del apóstol, se ve el justo criterio del profundo conocedor de su época.

Barcelona 30 de Octubre de 1888.

JOSÉ ILDEFONSO GATELL, PBRO.

Cura Párroco.



## PREFACIO

---

Después de haber oído las conferencias y las pláticas de la Cuaresma de 1887, muchos hombres distinguidos, eclesiásticos y seculares, nos han pedido que refundiéramos y compusiéramos un libro, para ofrecerlo á los jóvenes casados, y á los que van á contraer matrimonio. Hemos cedido á sus ruegos y creemos haber hecho una buena obra: porque la verdadera noción del matrimonio ha sido alterada en gran número de espíritus, más ó menos impregnados de las preocupaciones y de los errores que se han difundido en la opinión pública y la literatura contemporánea, y que el poder civil tiene la pretensión de legalizar.

Los mismos cristianos, aún sometiendo á las leyes de la Iglesia, no comprenden aún bastante su soberana autoridad, y raciocinan demasiado según los principios del pérfido dualismo, que las legislaciones modernas han introducido en cierto modo en la unión matrimonial: teniendo una idea menos elevada de la institución divina, no la respetan tanto como debieran, y así son fatalmente débiles en el cumplimiento de los deberes del matrimonio.

La sociedad entera sufre por esta debilidad, esta condescendencia; aquella puede morir si se agrava, porque el matrimonio envilecido hace decaer la familia, y la familia decaída, no es en la sociedad sinó un elemento de perturbación y corrupción. La causa principal de las grandes decadencias, que vemos presenta

la historia de los pueblos, es el desorden de la vida doméstica, y este desorden es el fruto de las uniones en las cuales ha desaparecido el respeto á todo lo divino.

Importa pues mucho, hacer presente á los que se casan, lo que hay de divino en su unión. Este es el objeto de este libro. Veráse en él, que el matrimonio no es un contrato parecido á las demás convenciones humanas: que es necesario ir á buscar su esencia en el lazo que encadena irrevocablemente dos vidas, la una á la otra: que este lazo está formado por el doble concurso de voluntades humanas y la voluntad divina; que recibe un carácter sagrado, por la misteriosa intervención de Dios, autor de la naturaleza: que este carácter se afirma aún más y se engrandece de una manera sobrenatural, en la obra de restauración cristiana que eleva al matrimonio á la dignidad de sacramento.

¡El matrimonio es santo! Esta idea fundamental ilumina toda la doctrina matrimonial. En su brillo, es fácil determinar las propiedades esenciales de la unión conyugal, los errores que tienden á depravarla y debilitarla, la autoridad á la cual corresponde juzgar, declarar y legislar en las causas matrimoniales, los grandes deberes de los desposados y de los esposos. Esta será la materia del primer libro que titulamos: *El Matrimonio cristiano*, en el cual trataremos de la santidad del matrimonio, del lazo conyugal, del divorcio, de la legislación y de las profanaciones del matrimonio.

En el segundo libro, titulado: *El amor cristiano en el matrimonio*, comentaremos las palabras del Concilio de Trento, *La gracia perfecciona el amor natural*, en las cuales se resumen la acción del sacramento y los deberes íntimos de los esposos. La gracia le hace puro, fiel, paciente, abnegado, ella ilumina y dirige el amor paternal y el amor maternal: ella hace triunfar en la sociedad doméstica el santo amor de Dios, y resplandecer la religión del hogar. Veremos como el efecto del sacramento se deja sentir en la vida conyugal, en la vida de los esposos, en el gobierno doméstico y la vida de familia.

Después de estas consideraciones, contemplaremos las bodas misteriosas de Cristo y la Iglesia, que San Pablo nos presenta como ejemplo, y de las cuales, con los otros sacramentos, recibe el matrimonio su virtud divina. Por último, con el título: *un tipo de esposa y de madre cristiana*, ofreceremos á la imitación de los es-

posos y de los padres cristianos, el admirable y heroico ejemplo de Santa Mónica, y esto constituirá el *Epilogo* de esta obra.

Ojalá nuestro trabajo pueda ser útil á las almas, y se digne bendecirlo Aquél que ha santificado la unión conyugal, y nos ha hecho decir por su apóstol: *Este sacramento es grande en Cristo y en su Iglesia.*

NOTA.—Hemos reservado para el fin de la obra, por medio de números, las citas, las notas y las explicaciones.